



El Mercurio, Sept. 30-VIII-1987. P. E3

Los Leones y Los Unicornios

Por María Carolina Geel

ESTE nuevo volumen de cuentos de nuestro Agregado Cultural en la Embajada en Bonn, Fernando Ramerich, trae la grata lectura que él suele ofrecernos.

De estos cuentos consideraremos dos de muy especial relevancia. Ambos difieren totalmente uno de otro y del resto de la colección. Intentaremos aquí señalar esa disparidad.

El primero, titulado "Pluon en Yungay", es un cuento humorístico desde el comienzo hasta el último párrafo. El otro, "El Bosque y el Viento", superior en cuanto al estilo dentro del arte de escribir, contiene unas páginas que no sólo abren un amplio paréntesis en el curso del cuento mismo sino, como decíamos, en el de todo el conjunto de relatos. Tal paréntesis deja la impresión de que el autor escribía entregado por dentro al sagrado deber de revelar una experiencia estética. Pero también surge la pregunta: ¿Escribía él ahí presente o son otras páginas el fruto de una intensa visión de la memoria retrocediendo hacia lo allí vivido, sentido, mirado? Sólo él lo sabe.

La lectura de este cuento, hecha en pleno temporal —tempestad e incesante aluvión caído en estos días sobre el centro de nuestro país— y mirándole inabarcable desde las ventanas despertaba la conocida reflexión sobre la frágil frontera entre lo bello y lo terrible; también venía el recuerdo de un verso, uno solo, del poeta peruano. Tal vez el más grande de ese país, César Vallejo: "y moriré en París con aguacero".

Aunque con frecuencia ocurre que al citar pasajes de un escrito que estamos admirando éste no den cabal co-

nocimiento de su real alcance en el propio texto, vale aquí transcribir siquiera el siguiente: "Un repentino torbellino trastornaba el patio, como si el viento, encerrado, pugnara por salir. furioso, corrió entre las ramas de los ahuehos, con las cuales azotaba las ventanillas. De pronto se sentían ruidos violentos, algunos alarmantes: portazos, portillos golpeándose; alguna lata, una plancha de pizarra. Algo se había desprendido de una techumbre y volaba peligrosamente, vibrando, atrayendo después, chocando contra un arbol, contra un muro. Sonaban los vidrios de las ventanas alcanzados por puñados de piedrecitas, y de súbito la lluvia se descargaba sobre los techos desahuciándose con ruidosa espectacularidad (...); por momentos arreciaba. Llovía torrencialmente, y se la sentía chocar sobre algún pequeño patio de cemento, desde las canalillas...". Así, que el autor sitúa la escena en un lugar alejado a Valparaíso, es en éste, el Puerto más fascinante del mundo, donde uno recuerda el viento alzado, las lluvias desenfrenadas.

Despertando así el goce de leer, intenta uno saber de dónde proviene ese agrado, tan de pronto y a pesar de tener ya en mente un vago no respecto de los dos cuentos anteriores. Pero como ocurre siempre sólo se sabrá a medias ante el eterno secreto del ingenio literario —y de toda arte por lo demás—. Como quiera que sea, diremos que, personalmente, esos dos o tres páginas nos han impresionado como las más bellas y "frescas" que conocemos en cuanto a descripción de las llamadas precipitaciones.

Se puede reprochar quizá a este relato el recurso o tema usado, más que mucho, por novelista y cuentista, o sea la descripción de un desván lleno de cosas antiguas de toda especie, particularmente vestimentas de damas de otros y fotografías de ascendientes. Pero tal vez esta descripción resulte aquí más desvalida no sólo por su repetido uso en el género narrativo sino a causa de su vecindad con la riqueza apasionada de aquella viva escena de las lluvias sobre el puerto.

Ahora vamos al festivo relato titulado "Pluon en Yungay". Contiene este un argumento difícil, y hasta copiado. Y pues, ocurre que es uno de los cuentos de construcción más perfectos entre los que recordamos haber leído últimamente. El autor ensambla los hechos, los diálogos, los caracteres casi con inverosimilitud de los personajes, haciendo imposible y fluidamente transferirlos al lector.

En toda narración hay personajes "presentes" y personajes "ausentes". Aquí, ni siquiera los segundos dejan de ser la pieza exacta, necesaria, que calza momentáneamente dando debe calzar y calzando, como ocurre, exempli gratia, con la empleada, con la vecina, y así puede llegar a decirse que ello ocurre con las cosas inertes como la "Galea" del marido doliente o la cama de la esposa, entre todos que van desenvolviéndose cómodamente en el donoso castillo que el autor ha impuesto en su redacción. Aguérese por último que toda la conocida historia mantiene escenas y conversaciones inesperadas que van creando un original suspense sobre el fin a



FESTIVAL DE LA LECTURA

que irán a parar todos, fin que por cierto se aleja de lo habitual... incluido en el propio y feliz narrador.

Y una reflexión inesperada. Por una casualidad bastante curiosa alguien nos pasa uno de los últimos números de la revista internacional alemana "Humboldt", en castellano. Pues, en la página 42 aparecen, incorporados, un título y un autor: "Thomas Mann y Latinoamérica", por Fernando Ramerich. Se trata de un estudio entre biografías y literario que llama la atención por un sentido crítico como algo raro para rebatir de cualquier posturita crúdita. Vale destacar su breve y burlesca alusión a André Gide anotando en su famoso Diario el "aburrimiento creciente de la fastidiosa novela" de aquel, "José en Egipto". De veras humorístico resulta el caso de los críticos chilenos que han hallado influencia de Thomas Mann en el estilo de Ramerich cuando éste aun no lo había leído.

Los leones y los unicornios [artículo] María Carolina Geel.

Libros y documentos

AUTORÍA

Geel, María Carolina, 1913-1996

FECHA DE PUBLICACIÓN

1987

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Los leones y los unicornios [artículo] María Carolina Geel. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile